

Donde solían cantar los dulces pájaros

PREMIO HUGO 1977

KATE WILHELM



La posibilidad de producir un gran número de individuos a partir de un mismo material genético (clonación) no es nueva ni en el campo de la investigación científica ni en el de la ciencia ficción.

Pero faltaba una obra que hiciera con el tema de los clones lo que un Asimov y un Lem con la robótica o un Van Vogt y un Kuttner con la telepatía: llevar a cabo su sociología novelada, analizar con detalle la nueva cultura a la que podrían dar lugar.

Y eso es precisamente lo que hace Kate Wilhelm en esta novela, premios Locus y Hugo en 1977, y llamada a convertirse en un clásico del género, en la medida en que da cumplida expresión, consolidándolo, a uno de sus temas más inquietantes.

Presentación

YO, CLON

El advenimiento de una nueva humanidad ha sido siempre, por razones obvias, uno de los grandes temas de la ciencia ficción. Desde los telépatas de *Slan* hasta el «feto cósmico» de *2001*, el género está lleno de reflexiones sobre —o alusiones a— nuevos posibles peldaños en la escala de la evolución humana.

Al fin y al cabo, cada generación es, en cierto modo, una nueva humanidad, y este tipo de ciencia ficción no hace sino proyectar y/o extrapolar un problema que vivimos a diario, primero como «humanidad entrante» y luego como «saliente».

Y si el problema central de la transición de una generación a otra es, en última —o en primera— instancia, un problema de enfrentamiento, no es extraño que la ciencia ficción que se plantea el posible tránsito a otras formas de humanidad, se centre preferentemente en los conflictos que pueden surgir entre el viejo y entrañable *homo sapiens* y algún hipotético *homo novus*.

Un *homo novus* sobre el que se ha especulado mucho, tanto fuera como dentro de la ciencia ficción, y que en este último caso ha dado lugar a importantes hitos narrativos. Así, los telépatas tuvieron sus sociólogos en Van Vogt (*Slan*) y en Kuttner (*Mutante*), los robots humanoides en Asimov (*Yo, robot*) y Lem (*Fábulas de robots, Ciberiada*), los gestál-

ticos en Sturgeon (*Más que humano*), y los superhombres en general en Stapledon (*Juan Raro*), el verdadero padre de toda esta temática.

Sin embargo, los clones, aunque hace tiempo que entraron en el dominio de la ciencia ficción, todavía no tenían «su» novela. Kate Wilhelm ha logrado, con *Donde solían cantar los dulces pájaros*, una aproximación al tema llamada a convertirse en un clásico, por no decir «el» clásico de la ciencia ficción clónica.

Probablemente no sea casual que otra «gran dama» de la ciencia ficción, Ursula K. Le Guin, también ganadora de los máximos galardones, abordara hace unos años, en un relato memorable, el tema de la empatía clónica y su doloroso contraste con la cerrada individualidad de los humanos normales. En *Nine Lives* (1969), Le Guin describe la tragedia del único superviviente de un grupo de diez gemelos idénticos producidos por clonación, acostumbrado a formar parte de un ente colectivo, y de pronto obligado a adaptarse a vivir con las personas «normales».

Es muy probable que *Nine Lives* haya servido de inspiración a Wilhelm. En cualquier caso, lo cierto es que las mujeres que escriben ciencia ficción están coincidiendo en tratar unos determinados temas de una determinada forma, dando nueva importancia y nuevo relieve a cuestiones relacionadas con la vida cotidiana, la adaptación, la convivencia, las relaciones afectivas.

En *Donde solían...*, el conflicto entre el hombre normal y el *homo clónicus* está planteado con gran riqueza de matices, sin estridencias ni fáciles maniqueísmos, aunque tal vez se le pueda reprochar a la autora un cierto partidismo, un poco de esa «nostalgia del presente» que tan a menudo se da en la ciencia ficción, fruto de la dificultad de ser del todo imparcial ante un enfrentamiento en el que una parte de los valores en pugna son nuestros propios valores, profundamente enraizados en nosotros, aunque objetivamente veamos su relatividad, incluso su invalidez.

Lo que es indudable es que Kate Wilhelm ha logrado un clásico del género, una obra «canónica» que de ahora en adelante será obligado citar siempre que se hable del tema de los clones.

Es muy significativo el hecho de que *Donde solían...* obtuviera (en 1977) el premio Hugo a la mejor novela sin haber obtenido antes el Nebula (concedido a *Homo plus*, de Frederik Pohl) cosa totalmente insólita en la última década. El Hugo lo otorgan, por votación, los participantes en las convenciones mundiales de ciencia ficción; el Nebula lo concede, unos meses antes, la Science Fiction Writers of America, asociación que reúne a prácticamente todos los escritores estadounidenses del género, por lo que es comprensible que el fallo de los expertos influya decisivamente en las votaciones del Hugo.

Sólo en dos ocasiones en la última década, el Hugo a la mejor novela no ha ratificado la elección del Nebula. En 1972, *A vuestros cuerpos dispersos* (la primera novela del ciclo del Mundo del Río), de Philip José Farmer, ganó el Hugo pese a que el Nebula había correspondido a *Tiempo de cambios*, de Robert Silverberg.

La otra ocasión ha sido, como hemos visto, en 1977. Tenía que haber una razón de peso para que la Convención Mundial de Miami no ratificara un Nebula tan señalado —y por otra parte tan merecido— como el concedido a la primera novela en diez años del gran maestro Pohl. Y la razón de peso era *Donde solían cantar los dulces pájaros*, una novela que, pese a sus limitaciones, marca un hito en la ciencia ficción y consolida uno de sus temas más inquietantes.

CARLO FRABETTI

Para Valerie, Kris y Leslie, con amor.

Primera Parte

DONDE SOLÍAN CANTAR LOS DULCES PÁ- JAROS

CAPÍTULO PRIMERO

Lo que más odiaba David de las cenas familiares de los domingos era que todos hablaban de él como si no estuviera allí.

—¿Ha comido suficiente carne, últimamente? Parece un poco pálido.

—Lo mimas demasiado, Carrie. Si no se lo come todo, no lo dejes ir a jugar. Tú eras así, ¿sabes?

—Cuando yo tenía su edad era tan fuerte que podía cortar un árbol con el hacha. Él no podría cortar ni la niebla.

David se imaginaba a sí mismo invisible, flotando sobre sus cabezas mientras discutían acerca de él. Alguien preguntaría si ya tenía novia, y todos carraspearían, fuera la que fuera la respuesta. Desde su ventajosa posición dirigiría una pistola de rayos a tío Clarence, a quien tenía especial antipatía, porque era gordo, calvo y muy rico. El tío Clarence mojaba las pastas en salsa, en jarabe o, con más frecuencia, en una mezcla de sorgo y mantequilla que revolvía en su plato hasta que parecía caca de bebé.

—¿Sigue queriendo estudiar biología? Tendría que ir a la escuela de Medicina y después heredar la clientela de Walt.

Apuntaría con su pistola de rayos al tío Clarence y haría un agujerito en su estómago y lo abriría cuidadosamente, y el tío Clarence manaría desde la abertura y los inundaría.

—David. —Dio un respingo, alarmado, y después se tranquilizó—. David, ¿por qué no vas a ver qué están haciendo los otros chicos?

Era la voz tranquila de su padre, que en realidad decía: Ya basta. Y enfocarían su mente colectiva en otro de sus descendientes.

A medida que David crecía, aprendió las complejas relaciones que, de niño, simplemente aceptaba. Tíos, tías, primos, primos segundos, primos terceros. Y los socios honorarios..., los hermanos y hermanas y parientes de quienes se habían casado con su familia. Estaban los Sumners y Wistons y O'Gradys y Heinemans y los Meyers y Capeks y Rizzos, todos parte del mismo río que corría por el fértil valle.

Recordaba especialmente las vacaciones. La vieja casa de los Sumner era un laberinto lleno de dormitorios, y tenía un ático donde había colchones de pared a pared y jergones para los niños, con un enorme ventilador en la ventana que daba al oeste. Siempre había alguien que venía a comprobar que no se habían ahogado todos en el ático. Se suponía que los mayorcitos debían vigilar a los más pequeños, pero lo que hacían, en realidad, era asustarlos, noche tras noche, con cuentos de fantasmas. Eventualmente el nivel de ruido aumentaba tanto que se hacía necesaria la intervención de un adulto. El tío Ron subía pesadamente las escaleras y había corridas, risitas ahogadas y gritos amortiguados hasta que cada uno encontraba una cama, de modo que cuando encendía la luz del vestíbulo que iluminaba un poco el ático, todos los niños parecían dormir. Se quedaba un momento en la puerta, luego la cerraba, apagaba la luz y volvía a bajar la escalera, aparentemente sordo a la renovada diversión que dejaba tras de sí.

Cuando subía la tía Claudia, era como una aparición. En un momento volaban las almohadas, alguien lloraba, otro trataba de leer a la luz de una linterna, varios de los chicos jugaban a las cartas a la luz de otra linterna, las chicas estaban agrupadas, susurrando lo que debían de ser secretos deliciosos, juzgando por la forma en que se sonrojaban y parecían dispersarse si un adulto se les acercaba súbita-

mente; y entonces la puerta se abría con un chasquido, la luz iluminaba el desorden y ella estaba allí, de pie. Tía Claudia era muy alta y delgada, su nariz era demasiado grande y estaba permanentemente bronceada, de un color cuero viejo. Se quedaba allí de pie, inmóvil y terrible, y los chicos se deslizaban hacia sus camas, sin hacer el menor ruido. Ella no se movía hasta que todos volvían a su correspondiente sitio, y luego cerraba la puerta sin hacer ruido. El silencio se prolongaba. Quienes estaban más cerca de la puerta aguantaban la respiración, tratando de oír la suya, del otro lado. Eventualmente, alguien juntaba el valor suficiente para abrir apenas la puerta, y si de verdad se había marchado, la fiesta continuaba.

Los olores de las vacaciones estaban grabados en la memoria de David. Todos los olores habituales: tartas de fruta y pavos, el vinagre que se mezclaba a los colores para teñir los huevos, las verduras y el humo denso y cremoso de las velas de cera de mirto. Pero su recuerdo más vivido era el olor de la pólvora que todos llevaban a la reunión del Cuatro de Julio. El olor, que impregnaba sus cabellos y su ropa, duraba días y días en sus manos. Sus manos estaban manchadas de rojo violáceo, porque habían recogido zarzamoras y el color y el olor eran una de las imágenes indelebles de su infancia. Y mezclado con ella, estaba el olor del azufre, con el que se los espolvoreaba generosamente para confundir a los insectos.

Si no hubiese sido por Celia, su infancia habría sido perfecta. Celia era su prima, la hija de la hermana de su madre. Era un año menor que David y, de lejos, la más bonita de todas sus primas. Cuando eran pequeños se prometieron casarse algún día, y cuando crecieron y fue muy claro que en esa familia los primos no podían casarse entre sí, se convirtieron en enemigos implacables. Él no sabía como se lo habían dicho. Estaba seguro de que nunca nadie lo había dicho con palabras, pero lo sabían. Cuando no podían evitarse mutuamente, peleaban. Ella lo empujó desde el gra-

nero rompiéndole un brazo, cuando tenía quince años, y cuando tuvo dieciséis lucharon desde la puerta posterior de la granja de los Wiston hasta la cerca, a cincuenta o sesenta metros de distancia. Se arrancaron mutuamente la ropa y él sangraba por los arañazos de ella en la espalda, y ella porque se había herido un hombro contra una piedra. Entonces, de algún modo, en aquel frenesí de rodar y golpearse, su mejilla se apoyó en el pecho descubierto de ella y dejó de luchar. De pronto, se transformó en un idiota incoherente que se derretía y sollozaba, y ella lo golpeó en la cabeza con una piedra y terminó la lucha.

Hasta ese momento, la batalla había tenido lugar en un silencio casi total, interrumpido sólo por jadeos y un lenguaje susurrado que hubiese chocado a sus padres. Pero cuando ella lo golpeó y él quedó flácido, no inconsciente sino aturdido, despreocupado, inerte, ella gritó, abandonándose al terror y la angustia. La familia salió precipitadamente de la casa y su primera impresión debió de ser que él la había violado. Su padre lo metió en el granero, presumiblemente para darle una paliza. Pero, una vez en el granero, su padre, cinturón en mano, lo miró con una expresión que era furiosa y extrañamente simpática. No tocó a David, y sólo cuando se dio la vuelta y se fue, David notó que aún estaba llorando.

En la familia había granjeros, unos pocos abogados, dos médicos, aseguradores, banqueros, molineros, ferreteros y otros comerciantes. El padre de David era el propietario de unos grandes almacenes que abastecían a la clientela de clase media alta del valle. El valle era rico, las granjas grandes y fértiles. David siempre supuso que la familia, con la excepción de algunas ovejas negras, era bastante rica. Entre todos sus parientes, su favorito era Walt, el hermano de su padre. Todos lo llamaban doctor Walt, en vez de tío. Jugaba con los niños y les enseñaba cosas adultas, como dónde golpear cuando te lo propones realmente y dónde no golpear durante una lucha amistosa. Parecía saber cuán-

do debía dejar de tratarlos como a niños mucho antes que cualquier otro miembro de la familia. El doctor Walt era la razón de que David hubiese decidido, muy pronto, ser un científico. David tenía diecisiete años cuando fue a Harvard. Su cumpleaños era en setiembre y no volvió a casa. Cuando fue, para el Día de Acción de Gracias, y el clan se hubo reunido, el abuelo Sumner sirvió los martinis rituales de antes de la cena y le dio uno. Y el tío Warner le preguntó:

—¿Qué crees que deberíamos hacer con Bobbie?

Había llegado a ese límite misterioso, que nunca está tan bien delineado como para que se lo reconozca por anticipado. Bebió su martini, que no le gustó mucho, y supo que la infancia había terminado, y sintió una profunda tristeza y soledad.

La Navidad en la que David tenía veintitrés años parecía desenfocada. El argumento era el mismo; el ático lleno de niños, el aroma de la comida, la nieve en polvo, nada de eso había cambiado; pero él veía todo desde un nuevo ángulo y ya no era el país de las maravillas que había sido. Cuando sus padres volvieron a casa, él se quedó en la granja de los Wiston un día o dos, esperando la llegada de Celia. Se había perdido la fiesta de la Navidad, preparándose para su viaje al Brasil, pero vendría, aseguró su madre a la abuela Wiston, y David la aguardaba, no contento, no esperando ninguna gratificación, sino con una furia creciente que lo obligaba a recorrer la vieja casa dando zancadas, como un niño que ha sido castigado por una falta ajena.

Cuando ella llegó a casa y la vio junto a su madre y su abuela, su cólera se desvaneció. Era como ver a Celia en una distorsión temporal, como era o sería, o había sido. Sus cabellos claros no cambiarían mucho, pero sus huesos se volverían más prominentes y la casi vaciedad de su rostro llevaría escrito un mensaje de preocupación, de amor, de generosidad, de ser sobre todo ella misma, de una fuerza insospechada en su cuerpo frágil. La abuela Wiston era una bellísima anciana, pensó maravillado, asombrado por no

haber visto nunca esa belleza. La madre de Celia era más bella que la chica. Y vio el parecido del trío con su propia madre. Sin palabras, derrotado, se volvió, fue hacia el fondo de la casa y se puso una de las chaquetas de abrigo de su abuelo, porque no quería verla para nada y su propio abrigo estaba en el armario del vestíbulo, demasiado cerca del lugar donde ella se encontraba.

Anduvo mucho rato en la tarde helada, viendo muy poco y sacudiéndose de tanto en tanto cuando se apercibía de que el frío estaba entrando en sus zapatos o insensibilizando sus orejas. Y descubrió que estaba subiendo la cuesta que llevaba al antiguo bosque, donde su abuelo lo había llevado una vez, hacía mucho. Trepó y entró en calor, y al atardecer estaba bajo las ramas del grupo de árboles que había estado allí desde el principio del tiempo. Ellos, u otros idénticos a ellos. Aguardando. Aguardando eternamente el día en que empezarán a subir otra vez por la escala de la evolución. Aquí estaban las reliquias que su abuelo le había enseñado. Aquí estaba el macizo de campanulas que había crecido hasta transformarse en un árbol enorme, pero que en las zonas bajas seguía siendo un arbusto. Aquí el tilo blanco crecía junto a la cicuta y el nogal de nueces amargas y las hayas y los castaños de indias unían sus brazos.

—David. —Se detuvo y prestó atención, seguro de haberlo imaginado, pero el llamado llegó otra vez—. David, ¿estás ahí?

Se volvió y vio a Celia entre los enormes troncos. Sus mejillas estaban muy rojas, a causa del frío y el esfuerzo de la ascensión; sus ojos eran exactamente del mismo azul que la bufanda que llevaba. Se detuvo a dos metros de él y abrió la boca para decir algo, pero no lo hizo. En cambio, se quitó un guante y tocó el suave tronco de un haya.

—El abuelo Wiston también me trajo aquí, cuando yo tenía doce años. Para él era muy importante que entendiéramos este sitio.

David asintió.

Entonces ella le miró.

—¿Por qué te marchaste así? Todos creen que vamos a volver a pelear.

—Podríamos —dijo él.

Ella sonrió.

—No creo. Nunca más. David, por favor, hazle entender a mamá. Tú entiendes que tengo que ir, que tengo que hacer algo, ¿verdad? Ella cree que eres muy inteligente. Te escuchará.

Él rió.

—Creen que soy inteligente como un cachorro.

Celia meneó la cabeza.

—A ti te escucharán. Me tratan como a una niña, y siempre lo harán.

David meneó la cabeza sonriendo, pero volvió a ponerse serio rápidamente. Dijo:

—¿Por qué te vas, Celia? ¿Qué estás tratando de probar?

—Maldita sea, David. Si tú no entiendes, ¿quién lo hará? —Respiró hondo y dijo—: Oye, lees los periódicos, ¿no? La gente está muriendo de hambre en América del Sur. La mayor parte de América del Sur pasará hambre antes de que termine esta década, si no se les ayuda inmediatamente. Y nadie ha hecho una verdadera investigación acerca de los métodos de labranza en el trópico. Es todo suelo laterítico y allá nadie lo entiende. Van y queman los árboles y los matorrales, y dos o tres años más tarde tienen una llanura calcinada por el sol, dura como el hierro. De acuerdo, mandan a algunos de sus estudiantes más inteligentes aquí, para que aprendan métodos modernos, pero van a Iowa, o a Kansas, o a Minnesota o a algún otro lugar tonto, como éstos, y aprenden métodos de cultivo adecuados para climas templados, no para el trópico. Bueno, nosotros nos especializamos en cultivos tropicales y vamos a

dar clases allí, en el campo. Para eso he estudiado. Y este proyecto me valdrá el doctorado.

Los Wiston eran granjeros, siempre habían sido granjeros.

—Custodios de la tierra —había dicho una vez el abuelo Wiston—. Custodios, no propietarios.

Celia se agachó y movió las hojas muertas y el barro del suelo, y se levantó con la mano llena de mugre.

—El hambre está aumentando. Necesitan mucho. ¡Y yo tengo tanto que dar! ¿No puedes entenderlo? —gritó. Cerró la mano con fuerza, apretando la mugre hasta que formó una bola, que volvió a deshacerse cuando abrió el puño, y la tocó con el índice. La dejó caer y empujó cuidadosamente la cubierta protectora de hojas sobre el lugar que había quedado desnudo.

—Me seguiste para despedirte, ¿no? —dijo David de pronto, con voz áspera—. Esta vez es adiós en serio...

Él la miró y ella asintió.

—¿Hay alguien en tu grupo?

—No estoy segura, David. Quizá. —Bajó la cabeza y comenzó a ponerse el guante nuevamente—. Creía estar segura. Pero cuando te vi en el vestíbulo y vi la expresión de tu cara... me di cuenta de que, en realidad, no lo sé.

—¡Celia, escúchame! ¡No existen defectos hereditarios que puedan surgir! ¡Tú lo sabes, maldita sea! Si los hubiera, simplemente no tendríamos hijos, pero no hay razón para ello. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé —dijo ella, asintiendo.

—¡Por el amor de Dios! Ven conmigo, Celia. No tenemos por qué casarnos inmediatamente, los dejaremos que se acostumbren a la idea. Siempre lo hacen. Tenemos una familia fuerte pero flexible, Celia. Te quiero.

Ella volvió la cabeza y él vio que estaba llorando. Se secó las mejillas con el guante y luego con la mano desnuda, dejando manchas de suciedad. David se le acercó, la abra-